

toria (científicamente comprobada), con la aparición del papel, en cualquier forma o determinación con que se asigne; todo lo demás que quiera incluirse en la historia de un pueblo, no son más que conjeturas e hipótesis.

Los orígenes de la Historia de México hay que buscarlos en los códices, lo otro son inferencias deductivas, por ejemplo: la exquisita arquitectura de los mayas revela una cultura superior a todos los pueblos que existían en América a la llegada de los españoles, aceptado, pero no como dato histórico, sino como conjetura lógica que, sin ser historiador, se deduce. Descifremos la mul-

titud de signos que nos dejaron en sus paredes y en sus códices, que aún somos incapaces de resolver, y entonces habremos revelado datos históricos importantes para toda la América y el mundo en general.

De su escritura solamente se conoce su numeración y sus signos jeroglíficos son todavía un misterio; el valor de los códices Dresde, Pereziano, Troano y Cortesiano, que encierran en el misterio muchas cosas de esa civilización prodigiosa, son para nosotros como una ruina arqueológica, de la que pueden deducirse muchas cosas y, sin embargo, no se puede afirmar nada.

LOS TRES DIRECTORES DEL CICLO MUSICAL

P o r G A B R I E L S A L D I V A R

CADA uno de los conciertos que se van sucediendo en el ciclo organizado por la Universidad, en forma que expone la historia de la música a través de la música misma, nos trae nuevas revelaciones y nos hace apreciar cada vez mejor a los elementos que intervienen en las ejecuciones.

Este fenómeno es perfectamente explicable: colocados los filarmónicos, durante los primeros conciertos, en un plano en que pocas ocasiones se sitúan, han tenido que enfrentarse con un público no acostumbrado a la música medioeval que se le hacía oír, motivo suficiente para no entusiasmarse y llegar al aplauso delirante con que ha hecho justicia a la labor de los conjuntos en los conciertos posteriores, cuyos programas están más cerca de nosotros en tiempo y en expresión.

Tres directores se encargan de los programas sinfónicos y corales; los tres enérgicos, activos, animados por un amor sincero a la música y deseosos del mayor bien para el medio musical en que actúan. Juan D. Tercero, el más joven lleva la responsabilidad de los conjuntos corales; José F. Vázquez, novel en la dirección con magníficos triunfos y José Rocabrana, el más experimentado, dirigen el grupo orquestal sinfónico; de ellos nos ocuparemos sucesivamente.

I

No hay que ver a Tercero cuando dirige los coros; no hay que preocuparse por cómo obtiene los efectos; hay que oír la calidad sonora que arranca a los conjuntos.

Delgado en la figura hasta parecer alto; un poco inclinado los hombros; la cara afilada, los

ojos pequeños y profundos, las cejas arqueadas y escasas y una frente despejada y amplia hasta confundirse con una calvicie que fue precoz.

Ardoroso en la plática, fija la mirada en la persona con quien habla mientras emite sus juicios cortantes y acciona con las manos abiertas y los dedos separados.

Rápido al andar da idea de tener el tiempo medido para todos sus actos; y así llega frente a su coro, hace un ligero saludo al público, da media vuelta, llama la atención al conjunto e inmediatamente principia a dirigir. Mueve poco el cuerpo y la cabeza, pero los brazos los agita en amplios movimientos angulosos, bruscos, rápidos y su mirada se clava en cada grupo de cantantes.

De esa manera logra que el coro de la Universidad obedezca a todos sus impulsos, atienda a todas sus indicaciones obteniendo lo que se propone, desde disciplina y conexión entre los cantantes de cada grupo y del conjunto entre sí, hasta una clara y correctísima dicción, aun en idiomas que muchos de sus componentes no dominan y en todos los momentos, que lo mismo pueden ser pianísimos que fuertes.

Grandes esfuerzos ha desarrollado Tercero para colocarse en el sitial que ocupa. En su tierra (Ciudad Victoria, Tamaulipas, 12 de diciembre de 1896), principió desde muy joven a dirigir coros, de preferencia religiosos, pues sus primeras lecciones de música, recibidas en el piano, lo fueron de las manos pálidas de una monja de nombre cristalino, Sor Angélica, y se pretendió educarlo para organista con objeto de que ocupara este puesto en la catedral y a la vez fuera maestro de capilla; con ese objeto ingresó al coro, que des-

pues dirigió. Horizontes amplios se le abrían mientras más estudiaba, lo cual decidió su viaje a México y su ingreso al Conservatorio Nacional en 1916.

Todo el tiempo bastante para hacer la carrera de piano lo pasó, parte en el Conservatorio y parte en la Academia particular del profesor en quien desde un principio depositó su confianza y aprendió todo lo que en México podía aprender (de aquel profesor), aunque también se inicia en la composición bajo la tutela del insigne maestro Gustavo E. Campa, y principia su noviciado como artista tocando en cines y salas de baile, sujeto al ritmo persistente del jazz, durante siete años; escuela práctica que fijó desde entonces en el futuro maestro una noción muy fuerte de la métrica, qué mucho la manifiesta ahora; a la vez prepara programas para transmitirlos por radio, siendo de los primeros en difundir por este medio música seria, sin haber recibido nunca por sus servicios un solo centavo.

Los que venimos siguiendo de cerca los pasos de Tercero sabíamos que en él había un espíritu delicado y un corazón sensible capaz de modelarse a través de una escuela que lo preparara técnicamente para ocupar un buen lugar entre los artistas, y esperábamos verlo triunfar en el piano, pues ya se le había escuchado muchas veces en Bach en Schumann y en Beethoven como un exquisito declamador en los andantes, con claridad y precisión en los allegros, consciente y cuidadoso en la polifonía, interpretaciones en que demostraba sus dotes naturales que lo separaban del grupo de compañeros con quienes estudiaba y que rompían los moldes estrechos que se le quisieron imponer; mas cuando hizo su viaje a Europa (diciembre de 1928-1935), con objeto de perfeccionar sus estudios, era ya tarde, difícil hubiera sido corregir defectos y había necesidad de principiar nuevamente la carrera sobre una base de conocimientos integrales.

Este fue el motivo por el cual Tercero no se volvió pianista, aunque su afán de saber más, su temperamento de artista, su don de mando, fueron factores que lo encaminaron a la dirección de conjuntos.

Sus estudios en París, durante poco más de seis años, con Nadia Boulanger, se concentran en la armonía y el contrapunto, materia esta última de la que obtuvo la licencia correspondiente, pero si en esa ciudad perdimos a Tercero como pianista, en la misma urbe lo ganamos como director; el público francés lo consagró con su aplauso y la crítica con su aquiescencia. La responsabili-

dad del regreso a la patria le dió fuerza para salir del abatimiento en que cayó al darse cuenta de la situación en que lo colocaba el título de una academia particular.

Para contrarrestar aquel terrible choque, formó con un grupo de sus compañeros, en la clase de historia de la música, un coro que se encargaba de ilustrar las conferencias, con objeto de que prácticamente se dieran a conocer las formas y estilos musicales. Principiaron muy pocos y cuando faltaba alguna de las voces la suplía él mismo, por lo que unas ocasiones era tenor y otras bajo; así de informal era el grupo en sus comienzos, y probablemente hubiera continuado con tal intrascendencia si no les ocurre a ciertas personas invitarlos para su presentación pública en un concierto de caridad, seguido de un éxito inesperado e insospechado siquiera; tras éste vinieron otros y así continúa, al menos con un concierto cada año, el coro "Au temps de Ronsard" formado por franceses que deben recordar con cariño a aquel extranjero que fue su animador, que los dirigió y que tienen tan lejos, pero que está entre nosotros cosechando lauros día a día.

El triunfo repone sus energías, recuerda a la patria y recuerda a la madre, quien de seguro en cartas cariñosas le da ánimo y alientos que lo levantan más y decide el retorno.

El 31 de marzo de 1936 el Anfiteatro "Bolívar" de la Escuela Nacional Preparatoria, está plétorico; el Coro de la Universidad se presenta por primera vez; el éxito es clamoroso, y mientras el público aplaude frenético una madre allí presente no puede contener la emoción que le produce la victoria del hijo y desde su corazón deja rodar una lágrima, como satisfacción máxima: Juan D. Tercero se presenta como compositor y director; desde entonces el aplauso perdura.

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social y se edita bajo la dependencia de la Jefatura del propio Departamento.